



Monika Zgustova
La traductora de haikus



MONIKA ZGUSTOVA

La traductora de haikus

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2026

© Monika Zgustova, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 567-2026
ISBN: 979-13-88019-50-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

Urbana, Illinois

2016

Praga

1939

I

En el jardín, detrás de la casa, al atardecer las luciérnagas dibujaban unas líneas doradas que parecían pinceladas líquidas.

—Como si lo hubiera pintado un artista lunático —dijo Danny y su sonrisa, medio perpleja y medio traviesa, iluminó el espacio a su alrededor.

Había venido a verme después de cenar; decidimos tomar un té verde perfumado de jazmín. Lo serví en una tetera blanca que hacía juego con unas tazas blancas sin asa. Coloqué el juego de té sobre una bandeja de bambú.

Nos sentamos frente a una mesita bajo un abedul cuya copa nos protegía como un techo. Su tronco blanco destacaba sobre el crepúsculo cada vez más denso.

El cabello plateado de Danny flotaba en el aire.

Mi amigo extrajo de un bolsillo los cigarrillos, pero se lo pensó mejor y de la chaqueta sacó una pipa. A pesar de que, generalmente, el olor me molestaba, la costumbre de fumar

de Danny me hacía pensar en las películas en blanco y negro de mi niñez.

Entré en la casa para traer un cenicero y lo dejé sobre la mesita.

A continuación, Danny me explicó un ensayo que estaba preparando. Mientras lo escuchaba pensé que, a diferencia de muchos norteamericanos que conocía, mi amigo hablaba en voz íntima. Después de haberse jubilado a los setenta años como profesor de la Facultad de Filosofía, estaba escribiendo un extenso libro sobre la lengua de Aristóteles; quería culminar así su carrera académica, a pesar de que, no hacía mucho, había interrumpido la escritura para empezar el ensayo sobre Ulises y Penélope sobre el que quería hablarme.

—Con quién estás, Jana, ¿con él o con ella? —dijo, con un tono juguetón.

—¿Es que estaban en guerra para que tenga que posicionarme? —contesté, con el mismo tono. Pero la propuesta de Danny me hizo pensar y añadí—: Quizás todas las parejas tienen épocas de intercambio de hostilidades, ¿no crees?

—Bien, seguramente no se puede hablar exactamente de una guerra: «intercambio de hostilidades» suena mejor. Pero su relación era extraña, ¿no te parece? —se animó, contento porque el tema me interesaba.

—Sí, bastante rara, ya lo creo. Entre la guerra de Troya y el viaje de Ulises pasaron años y años. Dos décadas, si recuerdo bien. Y mientras él se dejaba seducir por bellas ninfas, Penélope no cesaba de esperarlo.

—Y no sabemos muy bien por qué.

—Quizás ya no lo esperaba.

—¡A eso me refiero! —exclamó, erizado—. Cuando, al final, Ulises vuelve a casa, ella no lo reconoce. Bien es verdad que no reconoces a aquel a quien no esperas, ¿no te parece? Tú a mí sí que me reconocerías, ¿verdad?

Danny llevaba su conjunto deportivo. Así lo llamaba yo, para disimular el hecho de que mi amigo me venía a ver con chándal. Pero entendía que este hombre apuesto de algo menos de ochenta años tenía ganas de lucir un aspecto juvenil.

Penélope siempre me había interesado, hasta el punto de que me identificaba un poco con ella. La reina de Ítaca sabía mantener a los pretendientes a raya: les hizo creer que tejía la mortaja para su suegro y que no podía decidirse por uno de ellos hasta que no acabara el trabajo. De día tejía, por la noche, a escondidas, deshacía lo hecho. Era una mujer fuerte, durante la ausencia de Ulises era ella quien reinaba en Ítaca.

Me habría gustado ser como ella. Un año después de la muerte de Tomáš, yo reinaba en mi casa azul con jardín, pensé sonriendo. Y como ella, yo tampoco quería casarme con mi pretendiente, a pesar de que no tenía ninguna intención de rechazar su compañía, tan lúcida y agradable.

El viento jugaba con una hoja de abedul caída, como si no supiera qué hacer con ella. Al final se decidió y la depositó en el pelo largo de Danny que le hacía parecer un artista.

—Con Ulises en casa —dije— Penélope no era nada más que una esposa cualquiera. En cambio, cuando él se fue a la guerra de Troya, ella era la reina.

Hablaba de Ítaca, pero también de mí misma. Cuando vivía con Tomáš, él era el centro de atención de todo el mundo, mientras que yo era su mujer y poco más. Sus colaboradores apenas me tenían en cuenta.

Y añadí:

—La reina de Ítaca no pierde nunca la dignidad. Después de haber sido la mujer de Ulises no se puede casar con el primer advenedizo.

—A ti te interesa Penélope, a mí, más bien, Ulises —dijo Danny, mientras sonreía con la delicadeza y la gentileza que lo caracterizaban.

Lo miré con un interrogante en los ojos.

Danny continuó:

—Para mí, Ulises es nuestro contemporáneo. No quería ir a la guerra en una época en que, para muchos hombres, poder luchar en una guerra era su razón de ser. Ninguna experiencia era tan rica, ninguna conformaba al hombre ideal como una guerra. Muchos consideraban un honor poder morir por la patria. Ulises, en cambio, sabía que la guerra era la aniquilación de todo y se emperrió en no participar. Intentó esquivarla, pero no tuvo suerte. Y puesto que la guerra lo devora todo, lo devoró también a él.

—Pero, Danny, dime, ¿por qué más tarde ese hombre moderno, pacífico y sabio permitió que en su isla se perpetuara una matanza? —pregunté lo que tenía metido en la cabeza desde hacía mucho—. ¿Por qué él mismo mató a los pretendientes de Penélope si podía invitarlos a abandonar Ítaca? Y si no querían, ¿no hubiera sido más fácil echarlos con la ayuda de los suyos?

—Una cuestión muy interesante, Jana. Personalmente, tampoco entiendo la lógica de la matanza. Me lo explico de la manera siguiente: Penélope era una griega tradicional que quería un hombre con carácter. Ulises, que había intentado esquivar la guerra y que tardó diez años en volver a casa después de que esta se acabara, para su gusto, resultaba poco firme.

—Quizás Ulises era un hombre indeciso, vacilante.

—¿Quieres decir una especie de Hamlet, quizás?

Entonces Danny notó algo en el pelo y sacudió su melena. Cuando la hoja le cayó sobre las rodillas, con una sonrisa se la metió detrás de la oreja como la Carmen de la ópera, un clavel rojo.

—Tomás era el mismo tipo de persona —solté abruptamente, aunque con voz suave—: En cambio, cuando había que ser flexible, se adhería a sus principios.

Danny hizo una mueca graciosa, no quería hablar mal de mi marido, que había sido su amigo. Prefirió volver al asunto de Ulises.

—Penélope no respetaba a Ulises y no se moría de ganas de reencontrarse con él, me parece. Cuando él volvió a Ítaca, lo despreció más que nunca. De forma que, si Ulises quería recuperar el respeto perdido, tenía que hacer algo para merecerlo. Por eso se decidió a dar el paso que iba en contra de su carácter y de sus convicciones: una matanza.

Durante unos instantes, Danny guardó silencio y luego cuchicheó de una manera pícaro:

—¿Y qué pasó a continuación?, ¿qué crees?

—¿Sabes, Danny?, yo diría que Penélope se encontraba muy a gusto siendo una reina poderosa. Y cuando, después de la matanza de los pretendientes, ella y Ulises se repartían las áreas de influencia, como diríamos hoy, le propuso continuar siendo reina. Si no me equivoco, Homero habla de ello muy disimuladamente en sus elegantes hexámetros.

En silencio, despacio, bebíamos el té.

Entonces Danny se inclinó hacia mí y me cogió la mano.

Instantáneamente dejé de pensar en Penélope y Ulises porque tenía que reaccionar. Danny, un gran amigo y compañero de facultad de Tomáš, después de su muerte, el año pasado, había empezado a insinuarse. Me sentía halagada, aunque no podía aceptarlo. Desde el momento en que, hace medio siglo, en Praga, leí la *Odisea* como parte de mis estudios de Clásicas, sabía que mi ideal de mujer era Penélope. Y la reina de Ítaca tuvo solo un marido: estando a su lado, su pelo había encanecido. Como el mío y el de Tomáš, a pesar de que el mío, incluso después de los setenta años, se conservaba más rubio que blanco.

Sin embargo, no quería ofender a Danny, tan sensible, tan fino. Aparté la mano para servir más té. Después alejé mi silla

algo más de la suya. Sabía que tenía que impedir que Danny tuviera tiempo de hacerme una proposición. Seguro que, después de la muerte de su esposa, querría pasar la recta final de su vida con otra mujer. Y haber pensado en mí era natural: hacía años que éramos amigos, aliados, cómplices.

Pero ¿qué había que hacer para impedir su proposición?

Hablar, hablar siempre, se me ocurrió. El silencio podría crear el espacio y la ocasión para la intimidad. Sherezade salvó su vida contando historias. Yo no tenía a mi lado a un rey tirano, sino a un pretendiente. Y no estaba salvando mi vida, sino nuestra amistad.

—¿Qué experiencia ha sido la más preciada de tu vida, Danny?, ¿la recuerdas? —le pregunté rápidamente la primera cosa que me vino a la cabeza.

Sonrió como alguien que está a punto de emprender una tarea agradable. Cuando empezó, pensaba que su vida no me interesaría, pero Danny era un buen narrador y pronto quedé inmersa en su historia. Además, notaba que, efectivamente, cada frase, cada palabra que decía, tejía entre nosotros una fina pared que me protegía.

Danny, que, como yo, había estudiado Clásicas además de Filosofía, puso a la empresa familiar un nombre derivado del viaje de Ulises. El nombre tuvo un éxito enorme, como la empresa, que fabricaba maletas y que se convirtió en una de las marcas más prestigiosas del mundo. Al acabar los estudios, su padre organizó para él una celebración con cientos de invitados, compañeros y compañeras de negocios que se presentaron con fracs y vestidos de noche. En aquella fiesta, delante de todo el mundo, traspasó a su hijo una cuarta parte de la empresa que había creado; así, el hijo se convertía en un hombre extremadamente rico. Fue una experiencia maravillosa: la confianza que el padre depositaba en su hijo y la admiración de los invitados.

Aun así, con el tiempo, a Danny le resultó tedioso dedicarse plenamente a los negocios y a las finanzas, de forma que, con el permiso de su padre, vendió su parte, invirtió el dinero en bolsa y empezó a dedicarse de manera profesional a lo que hasta entonces había sido su afición: la filosofía. Al cabo de unos años, Danny se convirtió en catedrático en nuestra universidad. Desde entonces, cada día dedicaba entre dos y tres horas a las transacciones financieras en bolsa. De este modo, su dinero iba adquiriendo un valor infinitamente más alto.

Nunca me habría imaginado que Danny fuera tan rico. La sorpresa fue tan grande que lo miré con los ojos como platos. Nunca había conocido a nadie que poseyera un tesoro como el de la cueva de Alí Babá. Mientras Danny me contaba su historia, no podía dejar de recordar nuestra miseria durante los primeros meses de exilio en Estados Unidos.

Danny se debió de explicar mi melancolía repentina de otro modo, porque me acarició el hombro, con ternura, sonriendo. Estaba claro que quería aprovechar mi silencio para pedirme matrimonio.

Para adelantarme a él, disimulé mi espanto con una amistosa coquetería. Dije deprisa:

—¿No quieres que te cuente algunas historias de mi vida, Danny?

Esta vez no aparté su mano porque se habría dado cuenta. Me limité a gesticular mientras narraba mi historia y así, la palma de Danny se deslizó por el dorso de mi mano con toda naturalidad. Entonces construí entre nosotros un café modernista de Praga, lleno de voces, de conversaciones, del tintineo de los cubiertos, las tazas y las copas, de risas y del olor de los licores, de los pasteles y de los perfumes...

Empecé a contar la historia de mi madre, Eliška, cuando todavía no era mi madre. Como no quería que mi oyente se perdiera, hice un esfuerzo por reconstruir plásticamente los hechos.

–Lo iré proyectando en la densa oscuridad de tu jardín, Jana –dijo Danny.

–A comienzos del otoño de 1939, un grupo de jóvenes se sentaba a una de las mesas de un amplio café de techo alto estucado, lleno de humo y vivas conversaciones.

Danny no había estado nunca en Praga y por eso, según me dijo, rellenaría la imagen con el Café de Flore de París.

–No, Danny, tienes que imaginar el café modernista que frecuentaban mi madre, mi padre y sus amigos. Cuando me- nos, intenta visualizar un café vienés con un pianista, no irás tan desencaminado.

A pesar de que Danny había viajado mucho, no lo veía nada claro y me miraba perplejo. Era evidente que continuaba aferrado a su café parisense.

Yo proseguí.

En una mesita de mármol, estaban sentados, muy cerca unos de otros, cuatro jóvenes que, en voz baja, discutían de política. La guerra estaba al caer y mientras que unos creían que los acontecimientos sobrepasarían pronto los límites de un asunto local, los otros opinaban que, habiendo transcurrido solo veinte años desde la anterior, nadie querría volver a otra guerra.

Entonces entró una jovencita rubia con un elegante vestido de verano. Al buscar con la mirada a ambos lados del local lleno de humo, los rizos de su media melena volaban por

encima de sus orejas. Las cabezas de los clientes del café se irguieron y giraron en su dirección: era un espectáculo. La chica se paseó por entre las mesas, envueltas en el humo y la penumbra, hasta que descubrió que, desde una mesa, le hacían señales. Sin esbozar sonrisa alguna, se dirigió hacia los jóvenes, que se levantaron y, uno tras otro, le dieron un beso en la mejilla, recibido por parte de ella sin interés. Después, la rubia se sentó entre ellos.

František, un joven abogado de nariz aguileña y ojos de ciervo, estaba tan sumido en el tema que continuó hablando como si no la viera:

—¿Y dónde están los judíos de Praga? De mi edificio se esfumó primero un grupo, después otro, y ahora ya van cuatro. ¿Alguno de vosotros sabe algo?

Un regordete con la raya del pelo en medio, Otto, asintió mientras Max, de cabello oscuro y constitución frágil, los miraba con cara de espanto.

La chica echó un vistazo rápido a František y se giró hacia el resto.

—¡Uf, qué hambre! ¿Aquí ponen de comer? —dijo, con un tono asqueado que contrastaba con su apariencia fresca de colegiala.

Mientras ella se acomodaba con fatiga en la silla y se apartaba con gesto lánguido el flequillo, František continuó:

—Mi hermano estudia secundaria y ve que entre los estudiantes pasa lo mismo: algunos compañeros judíos, de repente, han dejado de asistir a clase. Un día preguntó qué pasaba, pero el profesor, su preferido, enseguida cambió de tema.

Un rubio guapote de pelo rizado se acurrucó suavemente con la chica.

—Aquí tienen de todo —le respondió—. Camarero, ¿qué hay para picar?

El camarero, una garza voladora, se paró y les recitó de un tirón casi toda la carta. La panda de jóvenes rompió a reír y la garza se fue, expulsada.

—¿Alguien recuerda algo de lo que ha dicho?

—Ostras y caviar —dijo Otto.

—Canapés y rollito de jamón con crema de rábano —recordaba el grácil Max.

—¿Qué vas a comer, Eliška? —preguntó el rubio, que parecía uno de esos ángeles con trompeta de los cuadros renacentistas. Para los amigos era Ángel, muchos no sabían ni cómo se llamaba.

—Canapés. De bogavante, otro con caviar y también uno de queso. Francés.

—¿Y para beber?

—¿Qué bebéis vosotros?, ¿combinados? Yo tomaría champán.

—¡Una botella de champán para Eliška!

—Pero que sea seco y esté bien frío, si no, no me lo beberé. Ah, y si no es francés, me voy; el checo parece orines.

—No estamos de humor hoy, ¿verdad, Eli? —dijo František interrumpiendo su debate; tenía una cabellera negra que contrastaba con sus ojos, de un tono marrón dorado.

—Estoy reventada —respondió Eliška, mirando cómo el camarero cubría la mesa con un mantel blanco, ponía las copas para el champán y, a continuación, abría una botella de Veuve Clicquot—. Vengo directa del trabajo. Hoy no he parado quieta.

—Vas de película en película, pobrecita —dijo el rubio, acariciándole la mejilla.

—Pues, sí... —dijo ella, mecánicamente.

De hecho, no venía de ningún rodaje. Venía de la fábrica de jabón, donde la habían recolocado los alemanes después de ocupar el país unos meses atrás. Le habían arruinado la carrera. Aunque fuera de forma temporal, necesitaba encon-

trar un padrino, se decía, día tras día, un contacto que la ayudara a volver al cine... Había empezado a trabajar en una fábrica de las afueras de Praga sin haber completado la secundaria. Y fue precisamente allí donde un buen día la descubrió un director: estaba soplando espuma del jabón con un tubo de cristal y hacía salir burbujas de colores irisados que se le acomodaban sobre los rizos rubios. Según decía el director, la imagen le había fascinado y la puso en una película, y a ella, de prueba, le ofreció un pequeño papel. La joven superó la prueba y recibió un segundo papel: de diablo joven que engatusaba a señores mayores. El público estaba ansioso por ver caras nuevas. Pero, entonces, los alemanes la habían devuelto a la fábrica. Sus amigos no sabían nada de que hubiera dejado de hacer cine. Y ella temía que, después de la guerra, ya nadie reparara en ella, el trabajo la habría envejecido y demacrado.

—¿Y por qué no dejas algunas películas, Eliška? —preguntó Max, muy serio.

Efectivamente, los amigos no sabían nada de su miseria y creían que estaba agotada de trabajar como actriz, constató con alivio.

—Tiene unas ambiciones enormes, ¿verdad, Eli? —dijo, riendo, Otto.

—Quiere que la admiren.

—Que todo el mundo se enamore de ella.

František y Max se habían quedado callados.

—Es una presumida, chicos, necesita dinero para adornarse. Miradla, ¡es todo un pavo real! Peinada a la última moda, igual que el vestido que lleva. ¿A qué modista vas? —le preguntó el rubio, magreándole la chaqueta, la blusa.

—¡A Podolská, imbécil!, ¿dónde quieres que vaya? —le cortó Otto.

Eliška asintió, pero con tristeza y fatiga. Si supierais...

—¿Y a qué famosos te has encontrado en el salón de la modista? —preguntó Max, interrumpiendo su silencio meditativo.

—A Hana Benešová... —comentó, lánguidamente, ella.

—¿Te refieres a la mujer del presidente Beneš? —saltó Otto, sorprendido del nivel de costura en que se movía su compañera de café.

—Sí, claro. Y también me encuentro con Adina Mandlová o...

—¡Adina! ¿Sabíais que se ha intentado suicidar? —dijo František.

—¡Mira que eres tonto, Franta! Lo sabe todo el mundo, de las actrices se sabe todo... Y pásame la botella de champán o sírve me.

El camarero se apresuró a venir y llenó la copa de la chica y después la de los demás.

—Me parece que Adina se ha pasado al bando de los nazis... —dijo Max, suspirando profundamente.

—Tú no la conoces, así que no te metas con ella. Adina, por si no lo sabías, es mi ídola. Pasó una temporada en un entorno humilde.

—Eli, Max tiene razón, Adina se ha pasado a los nazis. Esto ninguno de nosotros lo toleraría —dijo František.

—De acuerdo, no lo toleraría. Pero tú, Franta, más vale que te calles, no estás en condiciones de decir nada.

František se sonrojó.

El angelito de la trompeta se llevó las manos a la cabeza:

—Pero ¿de qué vas, tú, guapa? ¡František es el hombre más recto del mundo, así que no lo critiques! —Y apoyó la cabeza rizada en el hombro de la chica, murmurándole juguetonamente al oído—: ¿Qué te ha hecho Franta? ¿Quieres que le pegue?

—¿Tú? —dijo, haciendo una mueca y rompiendo a reír.

—Si quieres, al menos le puedo echar una bronca... —dijo él, lamiéndole el cuello y aferrándole el muslo bajo la mesa.

La atención de Eliška, no obstante, estaba reservada en exclusiva a los canapés y al champán.

El angelito desplazó la palma de la mano más y más arriba hasta acariciarle el bajo vientre y las bragas. Eliška, sin embargo, no reaccionó, como si no sintiera nada.

—¿Cómo te gusta más? —insistió él, lamiéndole la oreja.

Eliška respondió con desgana, sin ni siquiera preocuparse de bajar la voz:

—Ahora ya me importa un bledo. No hace falta que te esfuerces, Ángel.

El angelito la escrutó con la mirada, pero la chica no reaccionaba.

—¿De verdad que te da igual? —preguntó, redoblando su afán.

—De verdad. Me han hecho un bombo, ¿sabes...?

El joven se quedó helado al instante.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, pregúntale a Franta.

El angelito volvía a tener las dos manos en el mantel y cuando brindó con la chica le preguntó en tono amistoso, sin coquetería:

—¿De cuánto estás?

—De tres meses, más o menos.

—¿Y te hace ilusión?

—¿Estás loco o qué? ¡Qué pregunta más estúpida! ¿Cómo quieres que me haga ilusión tener panza y parecer un saco de patatas y después ser una madre cualquiera en lugar de actriz?

Ángel le acarició fraternalmente el rostro, pero ella, sulfurada como estaba, ni se dio cuenta.

—Y si quieres saber dónde pasó, fue en la fábrica. En la espuma de jabón —escupió, en voz alta.

František, que se había vuelto a sonrojar, la miró y dijo:

–Por favor, Eliška, ¿es necesario que lo anuncies a bombo y platillo?

–Tú habrías preferido que me lo guardara, ¿verdad, astuto perverso? ¡Eres un caso, Franta! –replicó ella, asqueada.

El rubio de rizos se había acabado de enfriar y dirigió la atención a los que discutían el destino de los judíos de Praga.

Eliška hacía girar la copa entre los dedos y con voz ronca y disgustada entonó:

–¡Será una criatura surgida de la espuma y las pompas de jabón!